

TEMAS Y FORMAS HISPÁNICAS: ARTE, CULTURA Y SOCIEDAD

Carlos Mata Induráin y Anna Morózova (eds.)



PARA OTRA DIMENSIÓN ESPIRITUAL...
(LA IMAGEN DE RUSIA EN LOS DIARIOS
DE LOS VIAJEROS ESPAÑOLES)

Vsévolod Bagnó
Instituto de Literatura Rusa «Pushkinskiy Dom»
de la Academia de Ciencias de Rusia

Se piensa que por la lejanía y la incomodidad (desde el punto de vista de la lejanía) Rusia no llamaba la atención de los españoles. En el mejor de los casos, se podía hablar de algunos estereotipos, asimilados por los mediadores —sobre todo franceses— y también para satisfacer la curiosidad de algunos de los viajeros, pero de ninguna manera de una imagen de Rusia y de los rusos en la conciencia nacional española. Como todos los mitos, este no puede ser del todo desechado, pero puede ser dudoso. Pero no con las citas aisladas, incluso bastante expresivas, ya conocidas por los especialistas desde hace mucho tiempo, sino con una serie de concepciones, valoraciones, impresiones, interpretaciones, para cuya preparación se necesita mucho trabajo metodológico, escrupuloso y entusiasta. La maravillosa antología *Viajeros españoles en Rusia*¹, elaborada por el erudito español y conocedor de Rusia Pablo Sanz Guitián, el cual ha ido recopilando a lo largo de toda su vida la biblioteca «rusa», facilita la posibilidad de reconstruir la imagen de Rusia en la conciencia española.

Tanto en la elaboración de la antología *Viajeros españoles en Rusia* como también en mi trabajo se han dejado escapar algunos detalles que se deben comentar de una manera especial. Por una parte, el

¹ Sanz Guitián, 1995.

autor de la antología ha considerado necesario mencionar en ella la impresión del granadino Abu Hamid, representante de la cultura hispano-árabe, que estuvo en el territorio de la actual Rusia en el siglo XII; por otra parte, ha considerado que es posible incluir en ella la descripción de las regiones del antiguo Imperio Ruso o de la Unión Soviética, que hoy no le pertenecen pero que fueron consideradas por los españoles durante sus viajes como parte de Rusia. A diferencia de Pablo Sanz, yo tengo en cuenta no solo el testimonio de los testigos, es decir, los españoles que han estado en Rusia o han vivido en ella, sino también la idea de Rusia, su historia, su fe, su cultura, el carácter ruso de aquellos españoles que han argumentado basándose sobre lo que han leído y sobre lo que han pensado.

Hablamos de la aparición de la «imagen» o, más concretamente, de una cierta selección de varias «imágenes», que en gran parte se suceden unas a otras; sin embargo, al mismo tiempo y con las existentes en la conciencia nacional, era necesario tener cierta experiencia desde hace muchos siglos del interés mutuo entre ambas naciones. Esto no se refiere necesariamente a un conocimiento muy profundo, como suele pasar entre pueblos que tienen una frontera común o, incluso, una historia común. Las guerras, las alianzas, la identidad o la diferencia de religión, las comunes o diferentes raíces étnicas, todo esto influye en la creación de una cierta imagen de uno o de otro pueblo en la conciencia nacional sin que ello dependa de si esta imagen coincide o no con la concepción de la imagen que tiene un pueblo de sí mismo. Esta concepción puede coincidir con la concepción extranjera o incluso formar una nueva. Es comprensible que en España no hubiera ni pudiera haber una experiencia parecida a la polaca, la turca o la búlgara con relación a Rusia, según los diferentes intereses de cada país, que pueden no ser los mismos; por ejemplo, la experiencia de coexistencia y de vecindad, a veces más de tipo espiritual que territorial, como es el caso de los pueblos y las culturas ortodoxas de los Balcanes.

Como en cualquier otro caso, los creadores de la imagen de Rusia en España son personas que han visitado el país, han vivido en él o incluso se han quedado para siempre (de todos modos, la asimilación con el ambiente y la pérdida de contacto con la patria no les condicionaba en la creación de la imagen de Rusia como algo extranjero), y también aquellos que tenían una idea después de haber leído y oído acerca de Rusia. En la historia de Rusia y en su cultura

ha desempeñado un papel muy importante el famoso capitán José de Rivas², el ingeniero Agustín de Betancourt y Molina o el famoso compositor Vicente Martín y Soler³, residentes en Rusia muchos años, donde finalmente murieron. De todos modos, la imagen de Rusia en España se construyó sin su participación, y en el tiempo en el que para su formación eran muy importantes los escritos de Juan Van-Halen, en cuya biografía aventurera el episodio «ruso» no ocupa el último lugar (1818-1821)⁴, las *Cartas desde Rusia* de Juan Valera⁵ y, en mayor sentido, el libro *Revolución y novela en Rusia* de Emilia Pardo Bazán, que se proponía hacer un viaje a Rusia junto a Galdós, pero cuya intención al final no se pudo cumplir⁶.

Parafraseando a José Fernández Sánchez, autor de la bibliografía *Viajeros rusos por la España del siglo XIX*⁷, se puede decir que los españoles que en el siglo XIX decidieron libremente viajar a Rusia, no tenían ningún otro deseo que el de conocer este país.

Ya en el siglo XX la imagen de Rusia en España se construye en su mayor parte a partir de tres fuertes —y en su naturaleza diferentes— corrientes de impresiones reales de testigos: los políticos y publicistas que estuvieron en la Rusia Soviética en el período anterior a la Guerra Civil, en el momento del acercamiento entre la España republicana y la Unión Soviética; los llamados «niños de España» llevados a Rusia tras la derrota de la República, los cuales se han convertido durante muchos años no solo en testigos sino también en

² Ver Skalkovskiy, 1889 y Yakovlev, 1894.

³ Ver por ejemplo Bogolyubov, 1969 y García-Diego, 1985.

⁴ Ver *Memoires de don Juan Van Halen, écrits sous les yeux de l'auteur par Charles Rogier*, Bruxelles, 1827. Sobre la estancia de Van Halen en Rusia ver por ejemplo Dodolev, 1980.

⁵ Sobre la estancia de Juan Valera en Rusia ver por ejemplo Vasileva-Shvede, 1966; el artículo escrito para el aniversario de 70 años del nacimiento del académico M. P. Alekseev, «A Nineteenth Century Spanish Novelist», en *Thought Patterns* (New York), 6, 1959, pp. 167-195; y Azaña, 1971.

⁶ Ver Bagnó, 1982, p. 72.

⁷ «Para los rusos que tuvieron como pérdidas el dinero y las ideas, los viajes por Europa llevaban un carácter casi ritual. Aquellos, a los que preocupaba una salud débil, con la ruleta, han partido a Baden-Baden; los amateurs de la belleza se iban a Roma; los que buscaban la diversión acababan en París. Para recibir una educación se iban a Berlín, y los opositores adoraban Ginebra. Todos encontraban excusas de fuerza mayor para emprender un viaje. Los viajeros que iban a España no tenían otros motivos mayores salvo el deseo de conocer España» (Fernández Sánchez, 1985, p. 7).

creadores de la historia de su segunda patria; y también los voluntarios de la División Azul, que han visto el país con los ojos de los ocupantes; en principio han sentido pena por el pueblo, pero por otra parte no han estado conformes con el régimen, y han pasado, en muchas ocasiones, por el círculo del Infierno de los campos de Stalin.

La falta de conciencia de los patriotas influía en determinados valores para la construcción de una pseudoimagen utópica. Como, por ejemplo, la imagen de Moscovia en el libro *La Hora de todos y la Fortuna con seso* de Francisco de Quevedo, el mejor escritor de la época barroca en España. El gran noble Moskovskiy exige a Quevedo no solo la respuesta por parte de sus ministros y allegados, obligándoles a pagar «todas las necesidades del pueblo» y provocando así la mejora de la situación de la gente sencilla, sino que también hace esto escuchando la opinión pública⁸. Semejante elaboración no guarda ninguna relación ni con la imagen ni con el real gobierno moscovita; no solo, de hecho, porque el entendimiento de un monarca ideal y justo y un gobierno tranquilo es algo difícilmente aplicable a la historia rusa de finales del siglo xvi y principios del xvii, sino también porque al propio Quevedo no le interesaba el curso real de las cosas en Moscovia. Sin embargo, la misma Moscovia, como algo exótico y misterioso, ha llamado la atención de los españoles. El «tema ruso» no es casual y está relacionado con el período de la Tristeza e incluso con las igualmente tristes esperanzas de los pueblos católicos de Europa en relación con el Papado, que ocupa el último lugar en el repertorio del teatro español y en la producción de los libros de aquella época⁹.

Más o menos en este momento se hacen los primeros intentos para diferenciar una determinada voz «rusa» en el coro común europeo, para dar una determinación resonante e inolvidable del carácter nacional, para dar a la imagen «rusa» el reconocimiento sobre el fondo de una definición más o menos estable de un francés normal, un alemán, un italiano o un inglés. Así, en la novela de Baltasar Gracián

⁸ Ver Quevedo, *Recopilación*, pp. 377-379. También Krzhevskiy, 1960.

⁹ Ver Balashov, 1975. En el libro del académico N. I. Balashov se analizan en detalle aquellas obras de los escritores españoles del siglo xvii que el autor asocia con la eslavía española: *El gran noble Moskovskiy* de Lope de Vega, *La vida es sueño* de Calderón, *Noble perseguido* de Belmonte, Moreto y Martínez e *Historia moscóvica* de Enrique Suárez de Mendoza.

Criticón, una de las más famosas obras del Barroco europeo, nos enteramos de que en Moscú se ha desarrollado «la astucia» (al mismo tiempo que en Inglaterra «la inestabilidad», «la simplicidad» en Polonia, y en Turquía «la barbarie»); y también de que Moscú presenta una cara «enfadada» (mientras que en España es «importante», en Inglaterra «dulce», en Francia «juguetona», y en Grecia «mimada»)¹⁰. La curiosidad, con toda la casualidad de los semejantes, casi siempre es poco lisonjera, y las características son siempre bastante estables. Sobre la innata astucia de los rusos ha escrito después de cien años, por ejemplo, un penetrante observador, el duque de Liria: «Los rusos son el pueblo más astuto e inteligente que existe en el mundo»¹¹. Por lo que concierne a la «cara nubosa» de Moscú, es la idea sobre el tiempo meteorológico nebuloso y el paisaje entristecido, y al mismo tiempo, como consecuencia de ello, las caras tristes de la población figuran en los diarios de los viajeros españoles.

Una mayor relación con la imagen ideal y, al mismo tiempo, la imagen más directa de la realidad rusa —en el territorio que hoy en día forma parte de Rusia— la ofrece en el siglo XII la *Relación de viaje por tierras eurasiáticas* del geógrafo hispano-árabe Abu Hamid (1080-1170). Aquí encontramos las más curiosas y a la vez las únicas huellas de elementos arquetípicos. Es la descripción del delta del Volga, la construcción de viviendas y los principios de autocanibalismo, las pinturas sobre los castores, las morenas, el caviar probado por primera vez y la sorpresa ante los esquíes, y también se menciona el descubrimiento de restos de mamuts.

Sobre la Rus de Kiev y sobre la fe rusa tenía algo de idea Ramon Llull. Como ya he señalado anteriormente, él habla de «rosos» («rusos», «rosogs», «rossos») en obras como *Doctrina pueril* o *Disputa entre Fe y Razón* y en el *Llibre de Evast y Blanquerna* se dirige a la Virgen María en nombre de todos los fieles, incluyendo a los «rusos», ya que se considera a sí mismo como su «confiado»¹². Finalmente no llegó hasta Rusia, aunque estuvo en Armenia, intentando con la ayuda de una invención suya, «la máquina de la verdad», convertir a la verdadera fe a todos los herejes y ateos.

¹⁰ Gracián, *El oráculo de bolsillo. El Criticón*, pp. 182, 374.

¹¹ *Rusia y España: Documentos y materiales, 1667-1917*, vol. I, p. 128.

¹² Llull, *Doctrina pueril*, p. 166; *Disputatio fidei et intellectus*, p. 6, col. I, núm. 14; *Llibre de Evast e Blanquerna*, vol. 2, p. 31.

La imagen de Rusia que se tenía en España hasta finales del siglo XIX era muy importante. Esta imagen le había sido proporcionada sobre todo por Francia, en cierto sentido por Alemania e Inglaterra y en un determinado momento (siglos XVI-XVII) por Polonia. Así, en esta época de esperanzas universales en el mundo católico para un acuerdo entre Moscovia y el Papa, fue cuando por primera vez se mencionó el tema «ruso» en España, y la imagen de Rusia en el período de la Tristeza se observaba bajo el prisma de los escritos de los jesuitas. La imagen de Rusia como «conjunto de naciones» o países, con la red cosaca preparada para pedir la independencia no solo en Polonia sino también en toda Europa, llegó a las publicaciones españolas y la literatura a través de Francia, con una nueva creación original de su imagen, que podemos observar en el poema de José de Espronceda «El canto del cosaco». Han pasado varios decenios y Eugène-Melchior de Vogüé ha confirmado durante muchos años en Europa, incluida España, una imagen completamente diferente de Rusia y de su cultura, ha conservado el pragmatismo y el socialismo de esta época, que ha estancado la civilización, los intereses espirituales y una alta consideración de la finalidad humana¹³.

Si a lo largo del siglo XVII y en la primera mitad del XIX la imagen de Rusia la construían exclusivamente los políticos y los publicistas, a finales del XIX la novela rusa ejerce una influencia importante en esta formación. Al mismo tiempo aparece una fuerte contradicción entre la imagen formada por los documentos de las operaciones militares o por los comentarios de la política exterior en Rusia, en otras palabras, los periódicos y las novelas de Tolstoi, Turgueniev y Dostoievski. La Revolución de octubre no permitió esta contradicción en favor de las pinceladas de la imagen únicamente política sino que, por el contrario, empeoró y al mismo tiempo aguzó el interés hacia Rusia bajo una temprana polarización de calificaciones. La contradicción dada aumenta el interés de ver con los propios ojos, verificar sobre el terreno, rechazar los estereotipos, conseguir la verificación de sus ideas, confirmar el error de una u otra imagen. «Penetrar esta realidad y recorrer una punta del velo a ver qué había de cierto detrás de todo, sólo era posible yendo a Rusia», escribía, por ejemplo, en sus *Memorias* la infanta española doña Eulalia de Borbón, la

¹³ Vogüé, 1886.

hija menor de la reina española Isabel II, que estuvo en San Petersburgo en 1905¹⁴.

Esto constituye una necesidad importante en las vivas impresiones de los testigos, convertidas en generalizaciones filosóficas, en otras palabras, en la imagen del país. Se han descubierto cartas de Miguel de Unamuno a Ángel Ganivet, que formaba parte del consulado español en el Imperio Ruso a finales del siglo XIX (al principio en Gelsingfos y luego en Riga). En una carta de 1898 Unamuno confiesa: «Me interesa infinitamente en Rusia todo lo más genuinamente ruso, lo más auténtico, lo menos cosmopolita»¹⁵.

A la aparición de la imagen, es decir, la formación más o menos estable, y a las concepciones heredadas, aunque a menudo no muy duraderas, les antecede un período de acumulación de impresiones, la siembra de datos acerca de un país lejano, habitado por el pueblo cristiano más exótico y misterioso para los españoles, más que el fronterizo mundo musulmán del África del norte. Entre las impresiones acumuladas sobre aquellas tierras, tan alejadas que todas las historias fantásticas sobre ellas se podrían tomar en serio, hay, por ejemplo, algunos testimonios en la *Relación de viaje por tierras eurasiáticas* de Abu Hamid (incluso Abu Hamid, basándose en estos testimonios, insiste ya en que pertenecen al ámbito de lo oído y no al de lo visto). De este modo, se considera muy colorida y educativa su historia sobre caza de ballenas en el Polo Norte:

[En *Yura*] todo ser humano necesita cada año una espada para arrojarla al Mar de las Tinieblas, pues sólo cuando arrojan las espadas es cuando Dios hace salir para ellos del mar un pez parecido a un monte enorme, que va perseguido por otro pez, muchas veces mayor que él, que quiere comérselo. El [pez] menor, al huir del mayor, se aproxima a la tierra y viene a parar en un sitio en que no le es posible volver al mar libre, y, por tanto, se queda allí, en tanto que el pez mayor, por no poder acercarse al menor, se vuelve al mar. Entonces los habitantes de *Yura* se embarcan y, dirigiéndose al pez menor, cortan carne de sus costados, sin que el pez lo note ni se mueva, y hasta se suben sobre su lomo, pues es como un monte enorme. Así, llenan sus casas de carne de ese pez, que permanece junto a ellos algún tiempo, durante el cual le cortan carne. Todo el que ha arrojado una espada al mar toma su parte del pez. Luego,

¹⁴ *Memorias de doña Eulalia de Borbón...*, p. 146.

¹⁵ Citado en Gallego Morell, 1971, p. 100.

cuando crece el agua del mar, el pez se aligera de movimientos, y vuelve al mar, pero de su carne han quedado llenas cien mil casas y aún más¹⁶.

El único testimonio de los españoles sobre la vida rusa, que se ha incluido durante mucho tiempo en el campo de los sabios, es un diario, unas cartas y los telegramas del duque de Liria, el cónsul español en Rusia en el período de gobierno de Anna Ivánovna¹⁷. Para la época de las guerras napoleónicas, el interés principal, aparte de las notas de Van-Halen, lo presenta el diario de Rafael de Llanza y de Valls, que se encontró en Rusia con las tropas napoleónicas. Fue testigo del incendio de Moscú, cuando se retiraba junto con los franceses, y después volvió a su patria tras un servicio corto en las tropas rusas¹⁸.

Más tarde, ya en el siglo xx, el interés cada vez mayor de los españoles dio como resultado una impresión bastante vaga de la URSS socialista. Se puede destacar que si en los reportajes y notas de los mandatarios del movimiento comunista la Rusia bolchevique se configura bajo un único estándar, en la opinión de la gente, incluso las de convicciones socialistas, por diferentes razones de esta Rusia sin consuelo, ofrecen diferentes miradas, dan múltiples impresiones y desarrollan diferentes argumentos. Sobre la impotencia de los bolcheviques, capaces de construir naves espaciales e incapaces de resolver «el problema de la agricultura», escribe el prestigioso político y periodista Julio Álvarez del Vayo, que visita Rusia en 1922¹⁹.

Algunas descripciones de la URSS como zonas de total dejadez con la naturaleza viva de fondo, que reclama sus poderes, las hace Ramón de Rato Rodríguez San Pedro, conocido literato en su

¹⁶ *Abu Hamid el Granadino y su «Relación de viaje por tierras eurasiáticas»*, p. 59.

¹⁷ «Las notas del Duque Liriyskiy y Bervikskiy en el tiempo de su estancia en el palacio del emperador de Rusia bajo el cargo de embajador del rey de España, 1727-1730, 1845»; y «Cartas sobre Rusia a España del duque de Liria, que era el primer embajador español en Rusia en los tiempos de Pedro II y en los primeros años del reinado de Anna Ivánovna», en *Osmnadsatyy vek*, Moscú, 1869, vol. 2, pp. 5-198; y vol. 3, pp. 27-132.

¹⁸ «Itinerario de don Rafael de Llanza y de Valls, Comandante del antiguo Regimiento de Infantería de Guadalajara, desde su salida de España hasta su feliz vuelta a ella, mandando el Primer Batallón del nuevo Regimiento de Infantería Imperial Alejandro, formado por su M. I. en la Corte de San Peters-Bourge», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1953-1956, pp. 235-282.

¹⁹ Ver Álvarez del Vayo, 1975; y Sanz Guitián, 1995, p. 171.

tiempo, que estuvo en la URSS en 1933²⁰. Una respuesta agria a los bolcheviques, que han destruido todo lo creado por sus predecesores, la encontramos en Fernando Valls y Taberner, un célebre erudito archivero y político, que visitó la URSS en 1928 (la excusa mayor para sus argumentos se la dio Leningrado, ciudad dejada y sucia)²¹. Las paradojas de la propaganda antirreligiosa las describe el cura Eloy Montero, que estuvo en la URSS en 1935²². A los españoles les sorprendían dos cosas en la Rusia comunista: el culto a los restos embalsamados de Lenin y la riqueza asiática que formaba un gran contraste con la pobreza del pueblo, así como la grandiosidad de las construcciones comunistas, por ejemplo el metro de Moscú. Sobre esto escribe en sus memorias de viaje a la URSS en 1933 el importante editor José Ruiz Castillo²³.

Muy importantes son los diferentes diarios, memorias y notas de los voluntarios de la División Azul hechos prisioneros, que testimonian los horrores de las cárceles de Stalin. El estalinismo fue visto desde el interior, pero a la vez desde un lado ya que, al poner toda la culpa en el pueblo ruso, siendo ellos extranjeros, no existía una culpa «nacional». En el libro salido de la pluma de Ramón P. Eizaguirre se cuenta muy detalladamente cómo a los diecisiete años pasó a formar parte de la División Azul, cómo fue hecho prisionero, cómo en el campamento militar la cocinera le ofrecía cambiar la comida por unas fotos pornográficas, pero al convencerse de que no las tenía le daba de comer gratis. El autor habla de la Torre de Babel que era el campamento de prisioneros, donde junto a alemanes e italianos había rumanos, húngaros, españoles, belgas, franceses, polacos...; habla de las peleas entre los encargados, junto con los cuales trabajaban los prisioneros militares; sobre su ira contra el privilegio de los que procedían de tierras polacas, que tenían determinadas ventajas dentro del campamento; de cómo le salvaron los médicos de la venganza de los encargados, al darle una recomendación según la cual tenían que trasladarle de la mina al koljós; sobre la conformación de la gente soviética que por diferentes razones no estaban de acuerdo con el régimen; sobre cómo a su lado morían sus compatriotas y, finalmen-

²⁰ Ver Rato Rodríguez San Pedro, 1935; y Sanz Guitián, 1995, pp. 257-258.

²¹ Ver Valls y Taberner, 1985; y Sanz Guitián, 1995, pp. 156-157.

²² Ver Montero, 1935; y Sanz Guitián, 1995, pp. 81-82.

²³ Ver Ruiz Castillo, 1972; y Sanz Guitián, 1995, p. 404.

te, sobre cómo después de once años de vida en el campo fue liberado y cómo regresado a España²⁴.

Uno de los elementos presentes en todas las notas de los españoles que han estado en Rusia es el «exotismo» ruso.

En *Relaciones de don Juan de Persia*, traducidas a muchas lenguas, encontramos una amplia descripción de la recepción en el palacio de Boris Godunov²⁵, en las «Notas» de Pedro Cubero Sebastián, los más curiosos testimonios del testigo que ha llegado hasta Aachen, una ciudad que ha impresionado al misionero español por su casi total despoblación, consecuencia de la última sublevación de Esteban Rasín²⁶.

A la penetrante mirada del duque de Liria no pasó desapercibido un sentimiento bastante cálido, el que siente el pueblo ruso hacia los militares. Y también el empeño de la sabiduría rusa hacia los extranjeros, pero con el temor de que este empeño no sea percibido²⁷. Rafael de Llanza subrayaba la peculiaridad de la bebida²⁸; Odón de Buen la falta de vergüenza de los cocheros, los cuales no tenían dominación en Rusia²⁹; Enrique Gómez Carrillo escribía sobre el poderío de los polizontes³⁰. Una impresionante descripción de los baños rusos, en los que los hombres se lavan junto con las mujeres, la encontramos en el *Compendio cronológico de la historia y del estado actual del Imperio ruso* de Lucas del Castillo, que visitó Rusia a finales del

²⁴ Eizaguirre, 1955. La referencia a este libro está ausente en la antología de Pablo Sanz Guitián. Pero es necesario mencionar que el trabajo elaborado por él es grandioso, y ninguno de los especialistas, interesados por estas preguntas o en cierto sentido tuvieran relación con ellas, no era conocida ni siquiera una pequeña arte de aquellos recuerdos, diarios, denuncias, notas, reportajes, los cuales fueron reunidos con tanto escrúpulo y luego descritas.

²⁵ Ver *Relaciones de don Juan de Persia*, Madrid, 1946; y Sanz Guitián, 1995, pp. 66-68. La aventurera biografía del persa Uruk Bek merece una atención especial: formaba parte de la embajada enviada en 1599 por el sultán persa Abbas II al palacio de Felipe III, que ha estado por el camino en Aquisgrán, Kazán y Moscú, y en España, donde se ha convertido al catolicismo y se ha bautizado con el nombre de Juan de Persia.

²⁶ Cubero Sebastián, *Peregrinación del mundo*, p. 193.

²⁷ *Conquista de Nápoles y Sicilia y relación de Moscovia, por el Duque de Berwick*, Madrid, 1890. Ver Sanz Guitián, 1995, pp. 36-37.

²⁸ Citado por Sanz Guitián, 1995, p. 95.

²⁹ Ver Buen, 1887; y Sanz Guitián, 1995, p. 152.

³⁰ Ver Gómez Carrillo, 1906; y Sanz Guitián, 1995, p. 204.

siglo XVIII con el objetivo de aprender francés, alemán (*sic!*) y ruso³¹. Sobre el invierno siberiano y sus ríos congelados leemos en las *Memorias* de Luis Fernández de Córdova, el representante oficial del estamento militar en Rusia durante la guerra ruso-japonesa³²; sobre las canciones de los cosacos (cuanto más han bebido, más claras son sus voces) en los reportajes de Saturnino Jiménez, el corresponsal militar en el período de la guerra ruso-turca en los años 1877-1878³³; sobre los caminos de troncos en el libro *Con la División Azul en Rusia* de José Martínez Esparza³⁴.

Al mismo tiempo, algunos de los testimonios de los españoles muestran por sí solos una mirada penetrante e interesada, curiosa no solo desde el punto de vista de los hechos sino también del inesperado escorzo, y una magnífica interpretación, accesible solo a los que observan desde las sombras. Así, la posible inteligencia en un futuro próximo para la elaboración de la cuestión nacional en Rusia la predijo con timidez Julián Juderías, uno de los pocos verdaderos sabios de Rusia y de la lengua rusa en la frontera de los siglos XIX y XX³⁵. Del germen de la democracia y el libre pensamiento en Rusia en 1905 habla el célebre periodista español Luis Morote³⁶.

Detengámonos otra vez en el viaje de Abu Hamid, famoso ya solo porque los estudios geográficos eran superiores a los europeos ya en el siglo XIII. Abu Hamid describe minuciosamente las leyes por las que se rigen los esclavos en los diferentes crímenes:

Los *Saqaliba* tienen unas normas de gobierno muy rígidas. Si alguien osa tocar a la esclava de otro, o a su hijo, o a su cabalgadura, o bien comete una transgresión de cualquier índole que sea, el transgresor viene obligado a pagar una suma de dinero. Si no la tiene, son vendidos sus hijos, sus hijas y su esposa para pagar aquel delito. Y, si no tiene familia ni descendencia, es vendido él mismo, y no deja de ser un esclavo, al servicio de aquel en cuya casa está, hasta que muere o restituye el precio por el que fue vendi-

³¹ *Compendio cronológico de la historia y del estado actual del Imperio ruso*, Madrid, 1796.

³² *Memoria que eleva al Excmo. Sr. General Jefe del Estado Mayor del Ejército el Coronel D. Luis Fernández de Córdova y Remón Zarco del Valle, Marqués de Mendigorria*. Ver Sanz Guitián, 1995, p. 116.

³³ Ver Sanz Guitián, 1995, p. 198.

³⁴ Ver Martínez Esparza, 1943; y Sanz Guitián, 1995, pp. 425-426.

³⁵ Ver Juderías y Loyot, 1904; y Sanz Guitián, 1995, p. 58.

³⁶ Ver Morote, s. a.; y Sanz Guitián, 1995, pp. 168-169.

do, sin que para ello sea computado en absoluto ninguno de los servicios prestados a su señor³⁷.

Una impresión muy fuerte le causó a Abu Hamid el caviar rojo, al que dedica un comentario especial:

Su río tiene variedades de peces como no las he visto en otras partes del mundo. Hay una clase, de la cual un solo pez pesa como un hombre fuerte; y otra clase, que pesa, por pieza, como un camello robusto. También los hay más pequeños, sin espina ni hueso en la cabeza, ni dientes: saben como el muslo de cordero relleno de carne de gallina, o aún más, es mejor y más sabrosa que la carne de cordero cebado. Este pez se asa, y, puesto con arroz, es mejor que la carne de cordero cebado y que la gallina. Cada pez, que viene a tener cien *mann*, se adquiere por medio *daniq*. De su vientre sale grasa que basta para alumbrarse un mes, y de su estómago sale medio *mann* o más de hueva. Se conservan en lonjas secadas al sol, y es la mejor conserva del mundo; tiene un color rojizo puro de ámbar: se la come con pan sin necesidad de cocerla ni freírla³⁸.

Un testimonio notable sobre la caza de brujas en la época medieval rusa aparece en la descripción de Abu Hamid según un método «universal», que se utiliza en las piscinas de Oki, según sus descubrimientos. Muy bien conocido por otras descripciones, este método se diferenciaba mucho en este caso. Cuando el número de brujas aumentaba considerablemente, y empezaban a influir negativamente sobre las doncellas, la gente del lugar apresaba, sin hacer diferencias, a todas (*sic!*) las viejas, atándolas de pies y manos y tirándolas al agua. A las que se iban al fondo, se las exculpaba, pero a aquellas que se quedaban en la superficie, las quemaban vivas³⁹.

Magníficas descripciones de la naturaleza rusa, las profundas reflexiones sobre la estructura de la sociedad en Rusia, la fe rusa, las mujeres rusas, las costumbres rusas las encontramos también en otras muchas notas de los viajeros españoles, igual que en los recuerdos de los españoles que permanecieron en Rusia de manera voluntaria poco tiempo o durante muchos años. En este caleidoscopio de bocetos, pensamientos y sentimientos de curiosidad las impresiones cam-

³⁷ *Abu Hamid el Granadino...*, p. 63.

³⁸ *Abu Hamid el Granadino...*, p. 51.

³⁹ *Abu Hamid el Granadino...*, p. 6.

bian, debido a la incomprensión, del horror a la simpatía, de la lástima a la admiración.

Ya en el siglo XIX el ejército ruso era uno de los mejores en el mundo, y no pocos escritos y testimonios surgieron de la pluma de aquellos españoles que oficialmente fueron destinados por el gobierno ruso para maniobras militares: durante la guerra de Crimea, a Crimea, o al lejano Oriente durante la guerra ruso-japonesa. Así, en los testimonios de Pedro Jevenois, un militar español, se llama la atención sobre una característica sorprendente, de hecho muy famosa, a saber, que España desde los tiempos de Carlos V estaba orgullosa de su infantería, la cual durante mucho tiempo fue considerada la mejor en Europa.

El espíritu era excelente; no hay en el mundo soldado más sufrido, más valiente, más disciplinado que el soldado ruso, especialmente el infante. Su valentía, su desprecio del peligro, su tenacidad, su buen espíritu, no considerándose nunca vencido, es superior a toda ponderación. Lo consideramos como el mejor soldado del mundo, y creo que ningún ejército hubiera sostenido sin desmoralizarse lo más mínimo las retiradas de la última campaña. [...] La infantería rusa en la última guerra ha ganado muy justamente la fama de ser la mejor del mundo. Su capacidad para sufrir bajas supera a todas las conocidas hasta ahora; hemos visto batallón perder el 60 por cien de su gente y seguir batiéndose sin rendirse nunca. El desprecio de la vida y su sacrificio por la patria estaban tan inculcados en todos, que jamás se habló de rendirse, ni en los momentos de mayor peligro lo hemos oído nunca⁴⁰.

Un testimonio muy curioso de la ternura del corazón de los campesinos rusos en el trato a los prisioneros voluntarios de la División Azul, es decir a los enemigos, en un momento en que la guerra todavía continuaba, lo encontramos en Joaquín Poquet. Por una parte, conocemos que los prisioneros españoles que trabajaban en el campo junto con la gente del koljós, muy pronto empezaron a alimentarse con las familias de los campesinos, y por este motivo tuvieron que cerrar la cocina del campamento por su inutilidad⁴¹.

El orgullo por el éxito del poder soviético, que ha conseguido la unidad en el alma de su pueblo, todas las alegrías, tristezas y caídas,

⁴⁰ Ver Jevenois, 1907, p. 13; y Sanz Guitián, 1995, pp. 113-114.

⁴¹ Ver Poquet Guardiola, 1987; y Sanz Guitián, 1995, pp. 460-461.

están aunados y representados del mismo modo por José María Álvarez Cruz⁴². Y al revés, sobre la Santa Rusia, la eterna y no la actual, reflexiona Fernando Chueca Goitia, un famoso arquitecto español que estuvo en Rusia en 1970⁴³.

Sería muy raro considerar que los españoles que por diferentes causas y con diferentes objetivos acabaron en Rusia no vieran en un país extranjero características o rasgos cómicos, repelentes o tristes para ellos. No obstante, no se puede decir que ninguno de ellos fuera tocado por un sentimiento de alejamiento, desagrado, rechazo o antipatía hacia el pueblo ruso y hacia su cultura, cuando la perseverancia en verificar sus expectativas se convierte en una búsqueda obsesiva de lo negativo (si no se trataba, claro está, de asuntos políticos y la calificación del régimen comunista). Incluso más raro sería esperar que todos los testimonios y valoraciones fueran imparciales, inequívocas, objetivas y convincentes, sin mencionar tampoco que, siendo impresiones de representantes de una misma nación, muchas de ellas son bastante contradictorias. Por ejemplo, no solo los rusos estarán en contra de la caracterización de Siberia como una tierra sin un destino propio, sin un pueblo propio, sin una religión propia, sino que esto se puede ver también en las memorias de Juan García Oliver, un famoso anarquista español⁴⁴.

Sobre el carácter reservado de los rusos y su miedo a los extranjeros tenemos un destacado comentario, en la época anterior a Pedro I, de Pedro Cubero Sebastián, un misionero aragonés que visitó Rusia en la segunda mitad del siglo xvii:

... no solamente es prohibido en este Reino el entrar extranjero, si no es que sea enviado; y si por algún modo entra, no le dejan más salir, y el que sale no le dejan volver a entrar, sino que ha de quedar en servicio del Zar⁴⁵.

Un poco antes Juan de Persia escribía sobre el zar de Moscú que aquel

⁴² Álvarez Cruz, 1980, p. 41.

⁴³ Chueca Goitia, 1971, pp. 311-312.

⁴⁴ Ver García Oliver, 1978; y Sanz Guitián, 1995, p. 343.

⁴⁵ Cubero Sebastián, *Peregrinación del mundo*, p. 173.

No permite escuelas, estudios ni universidades en sus estados, porque nadie llegue a saber lo que él sabe, y así ninguno de sus presidentes ni gobernadores ni secretarios saben más de lo que dicta el gran Duque. No se pueden curar con médicos extranjeros, ni salir a otros reinos, pena de la vida, para que no comuniquen con otras gentes⁴⁶.

Si a José Fernández de Córdoba le impresionaba el trato dado por el pueblo ruso a los oficiales⁴⁷, en los que veía a unos nobles, Odón de Buen presta atención a la mayor valoración en Rusia de los soldados, curas y mendigos sobre otras capas de la población⁴⁸. La sorpresa y el horror ante la falta de misericordia de los rusos hacia su propio pueblo, su indiferencia hacia su cultura y su historia, constituyen un tema muy frecuente abordado por los españoles que estuvieron en la Rusia Soviética. Sobre la trágica historia de Rusia, cuya razón está en esta indiferencia, sobre la Plaza Roja como la plaza más sangrienta de todo el mundo, escribe, por ejemplo, Enrique Díaz-Retg⁴⁹. También la indiferencia de los rusos hacia su propio pueblo justifica su crueldad con los prisioneros, tal como testifica Gerardo Oroquieta Albiol, uno de los voluntarios de la División Azul, prisionero que fue enviado a los campos de Stalin y en ellos permaneció durante once años⁵⁰.

La representación de Rusia como un mundo lleno de tristeza y melancolía se justificaba con causas concretas y personales. Por ejemplo, Enrique Castro Delgado, miembro del Partido Comunista de España, transmitía una imagen de Rusia bastante poco agraciada, que estaba motivada, según él, por el completo abatimiento ante el avance de los fascistas hacia Stalingrado y, paralelamente, por su decepción con el estalinismo:

Sé lo que es la democracia liberal: una «solución» sin solución. Sé lo que es el fascismo: otra «solución» sin solución. Sé lo que es el socialismo soviético: una tercera «solución» sin solución.

En total:

Tras «soluciones» sin solución para el hombre.

⁴⁶ *Relaciones de don Juan de Persia*, p. 215. Citado también por Alekseev, 1985, p. 12.

⁴⁷ Ver Sanz Guitián, 1995, p. 116.

⁴⁸ Odón de Buen, *De Kristiania a Tuggurt*. Ver Sanz Guitián, 1995, p. 152.

⁴⁹ Ver Díaz-Retg, 1932; y Sanz Guitián, 1995, pp. 249-250.

⁵⁰ Ver Oroquieta Albiol, 1958; y Sanz Guitián, 1995, p. 448.

No me es posible aceptar ninguna de las tres «soluciones». Pero tampoco me es posible renunciar al derecho de elegir alguna solución. Y si las tres existentes no le devuelven al hombre toda su majestad, hay que buscar otra. [...]

Continúa la ofensiva en la región de Stalingrado. Continúa la ofensiva aliada en África del Norte. Y termina 1942. Y Ufa, en este último de año, es como ayer: gris, triste. Clima y régimen dan la tónica⁵¹.

El prejuicio de la relación con la secreta alma esclava, cuya imagen se construía ya no solo a través de las novelas de Dostoievski, sino también a través de la literatura propagandística antibolchevique, tiene presencia en muchas notas, diarios y memorias de los voluntarios de la División Azul. José Luis Gómez Tello, que después se convirtió en un famoso periodista español, describe sus primeras impresiones de Rusia: bosques y estepas que se suceden monótonamente por todas partes; y su comentario indicando que resulta difícil imaginar una vida más pobre que este conjunto de tribus que pueblan el Oriente Próximo de Europa. En su libro se percibe un rechazo hacia todo lo ruso como algo desagradable y extranjero, que apenas se esconde tras el odio hacia los bolcheviques: el permanente estado de embriaguez de sus gentes, producida —parafraseo sus palabras— no solo por el vodka, sino por un enfermizo sentimiento de rechazo de sí mismos que constituye el carácter soviético. Y comenta que esa “penumbra” es perfecta para soportar unas ideas inestables y delirantes, para marcharse a otro mundo sin haber comprendido para qué vinieron a este⁵².

Es sabido que esta imagen inicial casi siempre cambiaba a consecuencia de los sentimientos e ideas de los voluntarios, que a veces incluso sentían simpatía o antipatía basándose en la falta de cariño e interés, y también de acuerdo con lo vivido y lo visto.

La amenaza de la eterna voluntad de Rusia sobre los destinos de Europa ocupa el lugar central en la doctrina apocalíptica del famoso filósofo religioso español del siglo XIX Juan Donoso Cortés. La tardía publicación de este «místico» español, uno de los más ardientes don Quijotes del cristianismo, reflejaba su creencia en que solo una vuelta plena, rápida y sin compromiso al catolicismo puede salvar la civilización europea amenazada por la falta de fe y el socialismo. Según él,

⁵¹ Castro Delgado, 1964. Citado por Sanz Guitián, 1995, pp. 364-365.

⁵² Ver Gómez Tello, 1945, p. 112.

cuanto más se pudre Europa, más se consume en ella el espíritu del catolicismo y tanto más poder acumula la Rusia «cosaca» que se prepara para aglutinar alrededor de ella a todos los pueblos eslavos e imponer su dominio sobre toda Europa. Pero lo más importante, según las ideas de Donoso Cortés, es que Rusia, menos que el Occidente, llena de ideas del liberalismo y el comunismo, ya estaba tocada por el veneno de la revolución⁵³.

Para la Generación de 1898, algunos de cuyos autores se inspiraron en las novelas rusas, el mito de la agresividad rusa ya resultaba poco actual. Es bien conocido que Ganivet, que reaccionó bastante mal al consejo de Unamuno de conocer Rusia desde dentro, consideraba que era conveniente resaltar el mito de la agresividad natural de los rusos para destronarlo con sabiduría. En sus *Cartas de Finlandia* escribe sobre las ganas que tiene de terminar su servicio y regresar a casa, casarse y ayudar según sus capacidades a la continuidad de la especie humana⁵⁴.

Pensando paradójicamente en ello, Julián Juderías ha visto precisamente en el ambiente de solidaridad, tolerancia y muy rara aceptación de todo lo ajeno la causa principal de los asombrosos éxitos de los rusos en su política colonial y su expansión hacia el Oriente⁵⁵.

El primer sentimiento de alejamiento de sus raíces aparecía a menudo en los españoles por causas «climáticas». Rusia causaba rechazo y asustaba con sus amplias dimensiones, sus frondosos bosques, sus terribles fríos, su tiempo nubloso. Muchos de los españoles sentían melancolía con el frío clima de San Petersburgo, sobre todo cuando antes habían estado en la parte central de Rusia o en el sur. El estado de choque y abatimiento lo provocaba la falta de calor y de sol, la enormidad de las tierras despobladas, el cielo lleno de nubes, la nieve y las largas noches —una combinación en conjunto muy poco confortante para los habitantes del Mediterráneo—, y esto lo sentían casi todos los españoles que acabaron en Rusia formando parte de la División Azul, especialmente cuando el encuentro con la tierra rusa se producía en invierno:

Cuando llegué a Rusia —leemos, por ejemplo, en las memorias de Luis Ruidavets de Montes—, en pleno invierno, la nieve cubría todos

⁵³ Ver Petrov, 1914.

⁵⁴ Ganivet, *Cartas finlandesas...*, p. 11.

⁵⁵ Juderías y Loyot, 1904, p. 253.

los caminos, el frío era de unos 40° y las noches apenas si tenían final. A las nueve de la mañana aún era de noche y a las cuatro de la tarde volvía a oscurecer, de modo que en aquel país lejano y misterioso el sol era desconocido, el cielo parecía blanco, como sucio, y esa alegría mañanera a la que estamos acostumbrados los españoles, no aparecía por ninguna parte.

Se comprende, contemplando aquel desolador panorama con nieves eternas, que el pueblo ruso no sea dichoso, sino fatalista, resignado con su suerte que le obligó a vivir en estas soledades o en esas enormes poblaciones como Moscú y Leningrado, abarrotadas de habitantes, de millones de seres que ven transcurrir los días y los años en una desesperante monotonía. Seguramente los bolcheviques habrán suprimido también el sol, lo mismo que han suprimido a Dios⁵⁶.

Sobre la base de las impresiones climáticas aparecía una imagen psicológica bastante próxima en todas sus tonalidades. Doña Eulalia de Borbón recordaba después de muchos años su primera estancia en Rusia el 4 de enero de 1950; el día era muy triste, hacía 30° bajo cero, y confiesa que aparte del frío y del encapotado cielo gris le impresionaron las caras y los bostezos de la gente congregada con motivo de su visita:

Estaban inmóviles, no de asombro, sino con la inercia física y mental característica del ruso, lento para hablar, para pensar y para desear. [...] Me sentía lejos de Europa, en pleno Oriente, pero en un Oriente semi-bárbaro. Los hombres con sus pómulos salientes por el rastro mogólico, las mujeres con cuerpos sin flexibilidad, los niños sucios, caminaban lentamente y se detenían a cada paso, sin razón, como si el impulso inicial se hubiera extinguido en ellos. Se veían en todas partes el fatalismo oriental y el cansancio de las viejas civilizaciones, todo mezclado a la barbarie⁵⁷.

La combinación del frío con la amplitud de las tierras, por una parte, y el fatalismo y la paciencia de sus habitantes, por otra, va a constituir una variante de la imagen de Rusia ofrecida por los españoles que la visitaban. Ya en el libro de Gómez Tello antes mencionado, *Canción de invierno en el Este. Crónica de la División Azul*, encontramos una descripción llena de belleza retórica de los bosques rusos, plenos de magnificencia y tenebrosos, tan desconocidos como el propio pueblo ruso. Comenta que allí, en aquella frontera glacial,

⁵⁶ Ruidavets de Montes, 1960. Citado por Sanz Guitián, 1995, pp. 452-453.

⁵⁷ *Memorias de doña Eulalia de Borbón...*, p. 147.

se expande un bosque, traicionero, dormido, con sus árboles transparentes, atrayente por sus sueños y sus horizontes, ya que para esto tiene precisamente los ojos: para penetrar en las afueras de los espesos muros de la noche. Tiene oídos —sigo parafraseando sus palabras— para oír sus pasos y su silencio; y sus ramas son manos capaces de atraparlo. Considera que es un bosque deforme, horrible, sucio, desconocido y gris, como el alma eslava y como toda esa tierra, sobre la que crecen árboles como grandes velas sombreadas, listas para consumirse, para llegar hasta alguna estrella⁵⁸.

La reflexión sobre el fatalismo ruso, sobre la mucha paciencia y la resignación del pueblo ruso aparece a cada rato en las notas de los españoles. Muy características son, en este sentido, las reflexiones de Luis Hoyos Cascón, notario madrileño que estuvo en Rusia en 1933, sobre el papel del nihilismo ruso en la mentalidad de la nación, en la historia del pueblo. Precisamente en el fatalismo ruso y en el socialismo, tan característicos en un momento de indiferencia, ve la razón principal del fácil triunfo de los bolcheviques en Rusia⁵⁹. A veces, esta característica tan apreciada por él, vista a través del prisma de las reflexiones y la sumisión del pueblo al régimen comunista, creador de las colas, la injusticia y la violencia sobre la personalidad, lleva hasta unas formulaciones más duras, atravesadas al mismo tiempo por la pobreza y la pena. Comenta Hoyos Cascón que, si hubiera en la tierra un pueblo cuyos habitantes diesen la impresión de borregos y primitivos, ese pueblo sería el ruso. Y añade que los veía allí, vagabundos y sucios, abatidos, haciendo colas interminables para conseguir una pequeña ración de pan, azúcar, mantequilla o aceite de girasol. Los rusos esperaban, esperan y continúan esperando... ¡ya por muchos siglos!⁶⁰

Es típico de los «europeos», en este caso de los catalanes progresistas, el lamento por el ser lánguido y la opresión del pueblo ruso, la dificultad para conseguir un cambio en su situación, y también las sublevaciones contra el zarismo, que no «educaba» al pueblo. Las encontramos por ejemplo en José Pla, el gran escritor catalán del siglo xx. Para él, la Revolución era lógica, purificadora, solidaria y justa⁶¹.

⁵⁸ Ver Gómez Tello, 1945, pp. 157-158.

⁵⁹ Ver Hoyos Cascón, 1933, pp. 237-238.

⁶⁰ Ver Hoyos Cascón, 1933, pp. 72-73.

⁶¹ Ver Pla, 1925; y Sanz Guitián, 1995, p. 213.

En paralelo a la hostilidad de la naturaleza rusa, precisamente su grandeza y peculiaridad permitían a los españoles sureños, no acostumbrados a las estepas sin fin ni a los largos y fríos inviernos, apreciar las mejores cualidades de los rusos. La suspicacia y el desagrado, por una parte, la apertura, la simpatía y el entusiasmo, por otra, eran factores para crear una imagen única en la que la naturaleza y el carácter nacional estaban unidos de por vida.

Casi todas las descripciones de Rusia fueron hechas por españoles, que estaban acostumbrados a una increíble diversidad de paisajes en su país, pues del norte al sur, del este al oeste, de la costa a las regiones centrales de España las montañas alternan con espesos bosques, plantaciones de olivos, campos de naranjos, cultivos de arroz, paseos con palmeras en el Mediterráneo, etc., y frente a esto encontraban la monotonía del paisaje ruso.

En las notas de los españoles, el entusiasmo por el verano ruso, que compensa el frío invierno⁶², va en paralelo con el entusiasmo por las descripciones de la llegada del invierno después del barro del otoño, el invierno que lo cubre todo con nieve, abriéndose a la eternidad y la belleza⁶³. Máximo Laguna Villanueva, un ingeniero español que viajó a Rusia en 1864, ofrece unas muy curiosas explicaciones sobre la magia de las noches blancas, con su peculiar atractivo para los sureños:

Alejandro Humboldt atribuye el horror y espanto que produce un terremoto en el que lo presencia por vez primera, al trastorno que causa en el ánimo ver vacilar y caer objetos que siempre se habían tenido por estables y fijos; pues bien, de una manera análoga, aunque aquí lo agradable sustituye a lo terrible del caso citado, la magia de estas mal llamadas noches del Norte debe en gran parte atribuirse a la novedad que este día continuo, interrumpido apenas por claros y suaves crepúsculos, produce en el ánimo de los habitantes de otras latitudes, acostumbrados a ver alternar constantemente la noche con el día, la oscuridad con la luz, en el espacio de pocas horas⁶⁴.

Aunque está bastante claro que la mayor impresión fue la causada por el frío, las tormentas de nieve, los ríos y lagos congelados, los

⁶² Citado por Sanz Guitián, 1995, pp. 91 y 94.

⁶³ Ver Errando Vilar, 1943; y Sanz Guitián, 1995, p. 428.

⁶⁴ Laguna Villanueva, 1866. Citado por Sanz Guitián, 1995, p. 147.

interminables territorios cubiertos por una nieve de cegadora blancura. Una descripción bastante entusiasta nos la ha dejado Juan Negro Castro, obligado, por ser prisionero militar, a viajar entre los hielos en coches abiertos:

No recuerdo haber pasado más frío ni haber soportado temperaturas más crueles que las de aquel día. Los camiones eran descubiertos y el termómetro debía de marcar por los cuarenta y cinco o cincuenta grados bajo cero.

En cuclillas, apretados los unos contra los otros, temblando, enfermos y sedientos, nos internamos por la superficie helada. Como no podíamos hacer movimiento alguno con nuestros miembros, empezamos a notar en ellos el hormigueo precursor de las congelaciones y un dolor fino y penetrante como si miles de cristales se incrustasen en nuestra carne. Hasta ahora, la atmósfera estuvo quieta, en calma. Todo parecía igualmente blanco y monótono. Mas repentinamente, cuando no habíamos avanzado unos cinco kilómetros, se desencadenó una terrible ventisca de nieve finísima que nos cegaba y se introducía por todos los resquicios del camión.

[...] Los camiones se desorientaron y comenzaron a dar vueltas sin salir del mismo sitio. No solamente estábamos soportando el frío, sino también las imprecaciones de los centinelas, tan helados como nosotros, y sus aparatosos golpes con las culatas de los fusiles.

A medida que avanzaba la tarde, la ventisca se iba haciendo más fuerte. La nieve nos había cubierto y nadie diría que íbamos personas sobre los camiones⁶⁵.

No es sorprendente que los españoles reaccionaran con fuerza frente al lugar que ocupaba la religión en la vida del pueblo ruso. A veces lo hacían de forma solidaria, en la línea de las creencias cristianas comunes; a veces lo hacían de forma desconfiada, recordando las distintas desavenencias entre ortodoxos y católicos. Especialmente importante fue esta reacción en el período en el que la fe en Rusia se convirtió en algo prohibido. La fe rusa que ha logrado aguantar toda la propaganda antirreligiosa y las distintas represiones provoca el asombro de los españoles. Ven que las pruebas y las represiones incluso han hecho aumentar y han purificado la Iglesia, que de acuerdo con Luis Hoyos Cascón, por ejemplo, recordaba a los primeros cristianos, que estaban dispersos y escondidos en las catacumbas, pero

⁶⁵ Negro Castro, 1959. Citado por Sanz Guitián, 1995, p. 451.

unidos en sus convicciones religiosas, y que pese a todas las persecuciones fueron capaces de conservar su fe limpia e intocable⁶⁶.

El sentimiento religioso del pueblo ruso constituye, según Ricardo Baeza, la amenaza principal para los bolcheviques, y tarde o temprano acabará con ellos. Ni un solo reformador ateo, por muy ideal u honesto que sea —piensa Baeza—, conseguiría nada que pueda tener larga vida en Rusia, y el cristiano ruso tendrá que esperar de todos modos, como al maná del cielo, a que termine la pesadilla de los bolcheviques⁶⁷. La opinión de Juan Valera, que consideraba que el lugar puro de la religión en Rusia lo ocupaban el patriotismo y la rusofilia, y que en Rusia aquellos que están obsesionados con las cuestiones de la religión se decantan más por el catolicismo, el protestantismo y la metafísica que por lo ortodoxo⁶⁸, resulta bastante paradójica. Esto se explica (y es algo que también Valera remarca como algo especial en sus cartas) porque el círculo de sus conocidos era bastante cerrado y pertenecían a él exclusivamente personajes de la alta esfera, en su mayoría con orientación occidental.

Al mismo tiempo, en las notas de los españoles que miraban a los ortodoxos a través del prisma del catolicismo o del socialismo se ve también una opinión airada sobre los ortodoxos, sobre su conservadurismo y su fanatismo, con la consideración de Pobedonostsev como un Torquemada ruso⁶⁹ o con la crítica de la fe ciega del pueblo ruso y las ambiciones políticas de la Iglesia⁷⁰ —y todo esto a la par de las intensas oraciones por los cristianos perdidos para que vuelvan a la verdadera fe⁷¹.

En las memorias de los españoles sobre su estancia en Rusia a menudo aparecen descripciones de las mujeres. A los primeros viajeros españoles (los segundos después de los de otros países del Occidente) les daba pena que las enormes vestimentas escondieran todo el encanto femenino, despojándolas así de todo atractivo. Según el duque de Berwick, la esposa en Rusia es la esclava del marido y este no tiene la obligación de enseñarla a sus amigos; si alguno de ellos alcanzara este honor, entonces debería besarla en la mejilla para no

⁶⁶ Hoyos Cascón, 1933, pp. 79-80.

⁶⁷ Baeza, 1931, pp. 210-211.

⁶⁸ Valera, *Cartas desde Rusia*, pp. 298-299.

⁶⁹ Ver Gómez Carrillo, 1906; y Sanz Guitián, 1995, pp. 206-207.

⁷⁰ Ver Llopis, 1933; y Sanz Guitián, 1995, p. 174.

⁷¹ Ver Verdaguer, *La imagen de Petersburgo en España*, p. 128.

ofender al dueño de la casa⁷². Valera ironiza sobre las aristócratas rusas que sueñan con viajar a España, un país donde hay mucha pasión, con el fin de que las ataquen unos delincuentes, las atraquen y las violen⁷³.

Margarita Nelken, personalidad del movimiento socialista, se maravilla con los progresos de emancipación de Rusia, con la pureza de los principios en la URSS y con la libertad de las mujeres rusas, que no temen los chismes:

Todo el mundo vestía de blanco, y llevaba la menor ropa posible, y, al llegar a la orilla del río, todo el mundo se despojaba casi por completo, o por completo, de su poca ropa, y no había, ni una sonrisa maliciosa, ni una mirada, y los únicos que exteriorizaban tal vez un poco de asombro, éramos nosotros, los bárbaros que habíamos llegado a un pueblo más evolucionado, con los ojos empañados por las taras de una sociedad caduca.

Allí, cada mujer vive como ella entiende que debe vivir, y no hay cuidado de que nadie, bajo ningún pretexto, se atreva en la calle a acercarse a importunarla⁷⁴.

Aunque, según lo visto, una de las impresiones más fuertes sacadas por los españoles que estuvieron en Rusia la constituyen las impresiones sobre las mujeres carentes de coquetería. Félix Ros, que era según su propia consideración «un hombre mediterráneo en Rusia», escribe con pena sobre las mujeres rusas cuya belleza, ya sean viejas ya jóvenes, quedaba escondida bajo unos feos abrigos (que tan poco se diferenciaban de los masculinos) y unos pesados y espantosos zapatos⁷⁵. Los más tristes recuerdos de las mujeres soviéticas cuyos cuerpos están deformados por el entusiasmo estajanovista los encontramos en José Luis Gómez Tello⁷⁶.

El mayor interés lo tienen las reflexiones de los españoles sobre el carácter nacional ruso. Es bastante normal que se resaltaran las características típicas, pero a la vez las completamente contrarias. Así que si doña Eulalia de Borbón defiende la predisposición de los rusos

⁷² *Conquista de Nápoles y Sicilia y relación de Moscovia, por el Duque de Berwick*. Ver Sanz Guitián, 1995, p. 37.

⁷³ Valera, *Cartas desde Rusia*, p. 90.

⁷⁴ Nelken, 1938. Citado por Sanz Guitián, 1995, p. 372.

⁷⁵ Ros, 1936.

⁷⁶ Gómez Tello, 1945, p. 53.

hacia todo lo misterioso («Nadie más supersticioso que el ruso, ni más crédulo, ni con una inclinación mayor a todo lo misterioso»⁷⁷), Juan Valera por su parte se decanta por el empirismo del pensamiento ruso, por el pragmatismo del pueblo ruso, más grande en comparación con el resto de los pueblos europeos occidentales:

Creo, además, que esta gente tiene más entendimiento para las cosas prácticas de la vida, que para las altas especulaciones metafísicas; que comprenden mejor lo que ven que lo que oyen, y lo que tocan que lo que ven; que imitan más que inventan, y que son, en el fondo del alma, más sensualistas que espiritualistas. [...]. El pueblo practica más la moral que entiende los misterios del cristianismo⁷⁸.

Sobre el carácter contradictorio de los rusos, dispuestos hasta el final a defender sus ideas, escribe Rafael Mirtana, un diplomático español que pasó por Rusia antes de la Primera Guerra Mundial⁷⁹. Se podría interpretar la famosa paciencia rusa como estoicismo, cualidad que, a ojos de los españoles, es considerada un honor, ya que muchos de ellos, y con razón, ven en ello las raíces del carácter nacional en la filosofía de Séneca, natural de España. Así, Emilio Esteban-Infantes comenta sobre la gente sencilla que sufren las barbaridades de Hitler con un natural estoicismo —comenta con cierta simpatía, sin contar con que él mismo tenía una relación directa con estos hechos⁸⁰.

La comparación de los caracteres nacionales de los rusos y de los españoles, de la naturaleza española y la rusa, de la historia y la cultura de ambos países, es uno de los más célebres y característicos motivos de las notas de los españoles sobre su estancia en Rusia. La clara simpatía hacia la estructura soviética pone en contraste el carácter trabajador de los rusos y la vagancia de los españoles en los escritos de Daniel Tapia Bolívar, periodista y político que publicó un libro con sus impresiones rusas en 1933. En Moscú le ha llamado la atención la disposición de la Plaza Roja en el punto más alto de la ciudad, a diferencia de las plazas centrales de las ciudades españolas, que están situadas en el punto más bajo. Si en España la gente corre hacia

⁷⁷ *Memorias de doña Eulalia de Borbón...*, p. 149.

⁷⁸ Valera, *Cartas desde Rusia*, p. 110.

⁷⁹ Ver Mirtana, 1919; y Sanz Guitián, 1995, p. 61.

⁸⁰ Ver Esteban-Infantes, 1956; y Sanz Guitián, 1995, p. 441.

sus caballos, al igual que corre el agua, en Rusia la «comprensión» del carácter ruso se aprecia en que si vas a la plaza significa que vas a la montaña, y por eso, no lo vas a hacer a menos que exista una verdadera necesidad⁸¹. El entusiasmo ante los éxitos del socialismo en la URSS y el carácter político de la argumentación les hace olvidar que las plazas españolas sirven entre otras cosas para esconderse del sol abrasador. Y, al revés, el ejemplo de la aspiración contrapone en todo lo propio frente a lo ajeno en las impresiones del célebre poeta catalán Jacinto Berdager, que estuvo en San Petersburgo en 1884. La naturaleza rusa, el clima en el entorno del Nevá, los paisajes tristes, poco amistosos y soñolientos, solo le provocan un sentimiento de extrañamiento, al tiempo que despiertan en él dulces recuerdos del clima y la naturaleza de Cataluña, con sus ríos llenos de vida, felicidad y fervor⁸². Aquí, en realidad, el modelo lo encontramos en las notas de Pedro Segado, aunque como material de trabajo le ha servido la atmósfera de la ciudad soviética. Le ha impresionado la total ausencia de cafés y bares en comparación con España, donde las calles están llenas de ellos⁸³.

Un objetivo de otro tipo perseguía Félix Ros. Después de haber tocado el problema de los caracteres nacionales, completamente diferentes —desde su punto de vista— en Rusia y en España, ha unido esta cuestión de manera muy curiosa con el carácter específico de la literatura en cada uno de los países:

En Rusia, el individuo, en principio, no existe. Lo contrario que en España, donde diríamos al individuo —caracterológicamente— anterior a la sociedad [...]. El eslavo, al revés, forma parte de una grey, y sus individualidades poderosas se producen por rebelión. Todos los grandes artistas rusos son revolucionarios en su especialidad, mientras que los mejores españoles son tradicionales: en los primeros, el inconformismo individual descubre los meollos de la raza; en nosotros, la misma herencia espiritual sirve de tema, de difícil ejercicio académico en que manifestar el poder recreador de cada legatario. Por eso, la mentalidad eslava ha sido una bola de nieve, acreciendo sus motivos hasta la Revolución, y la española, en cambio, un juego alterno de avances y reacciones⁸⁴.

⁸¹ Ver Tapia Bolívar, 1935; y Sanz Guitián, 1995, pp. 254-355.

⁸² Verdager, *La imagen de Petersburgo en España*, pp. 133-135.

⁸³ Ver Segado, 1935; y Sanz Guitián, 1995, p. 407.

⁸⁴ Ros, 1936, pp. 212-213.

Aunque eran bastante más frecuentes las tentativas de acercamiento, la tendencia a encontrar la explicación de una cercanía sorprendente y, a primera vista, absolutamente inexplicable, no tiene, parece ser, ningún fundamento. Los mejores cerebros de Rusia y de España prestaban atención en ocasiones no solo a la cercanía de los caracteres rusos y españoles, a la semejanza espiritual de sus culturas. «En España —escribía L. N. Tolstoi— hay muchas cosas interesantes, y temo que ya no tengo suficiente tiempo para hablar en detalle de este país, tan parecido a aquel en el que he nacido»⁸⁵. Miguel de Unamuno afirmaba siempre que él estaba convencido de la existencia de «indudables analogías» entre la personalidad de España y Rusia⁸⁶. Emilia Pardo Bazán, con relación a la coincidencia de una opinión suya en uno de sus cuentos con las obras de Tolstoi, escribía que veía en ello «otra prueba de la cercanía que existe entre el cristiano ruso y el gallego»⁸⁷. Estando en 1888 en España, K. A. Korovin exclamaba: «¡Es raro! Pero ¿por qué esta gente tan diferente se parece a los rusos?»⁸⁸. Sobre el verdadero sentido de las nanas españolas y rusas, que se diferencian completamente del resto de las nanas de Europa, escribía Federico García Lorca⁸⁹. Según observaciones de Ortega y Gasset, Rusia y España tienen en común que constituyen una «nación-raza»⁹⁰. Enrique Pavón Pereyra escribe —parafraseo aquí sus palabras— que es normal considerar que a los españoles les atrae el alma rusa casi con la misma fuerza con la que los rusos intentan comprender, descubrir la atmósfera celtibérica, la salvaje melodía desgarradora nacida del genio de la raza española. Y se pregunta: ¿cómo ven ellos, los españoles, la raza rusa, arraigada en las inmensas estepas que recuerdan una tundra desierta? ¿Cómo ven los rusos a los españoles? ¿Se asombran los rusos con lo que para los españoles es un espíritu presente de colectivismo? ¿O les atrae la antipatía natural de los españoles hacia todo lo colectivo?⁹¹

⁸⁵ Carta a la redacción de la revista «La Revista Blanca». Citado por Azorín, *Obras completas*, t. 1, p. 851. Esta carta fue publicada en el *Almanaque de «La Revista Blanca» para 1902* (Madrid, 1901).

⁸⁶ Citado por Gallego Morell, 1971, p. 100.

⁸⁷ Pardo Bazán, *Obras completas*, t. 2, p. 1452.

⁸⁸ Korovin, 1971, p. 488.

⁸⁹ García Lorca, *Sobre el arte*, pp. 30-31.

⁹⁰ Ortega y Gasset, *España invertebrada*, p. 142.

⁹¹ Ver Pavón Pereyra, 1967 (citado en *La huella de España en Rusia*, p. 12).

Según las notas de los viajeros españoles, la atracción mutua de los dos pueblos hay que explicarla con los elementos de cercanía o con las tentativas de recuperar esta cercanía, más que con la extravagancia o el atractivo del exotismo. La primera y principal es la cercanía del catolicismo con la religión ortodoxa, a diferencia de lo que sucede con el protestantismo, tal como subraya Federico García Sánchez, famoso periodista y publicista que estuvo en la URSS en 1931⁹². Muy cercano a esto, según Luis Hoyos Cascón, el sentimiento nacional de los rusos y los españoles lo constituye su generoso empeño, al contrario de los pueblos germánicos, hacia el universalismo, que toma al mismo tiempo, como señala la experiencia de los bolcheviques, formas amenazantes⁹³.

No por casualidad los españoles prestaron atención a la idea de que la expansión colonial de Rusia en muchos aspectos constituía una inercia de reconquista, que en realidad continuaba el movimiento en el espacio empezado por la reconquista de lo ya antes conquistado. Este tema lo plantea Julián Juderías⁹⁴. Este evidente acercamiento tuvo que estar acompañado por el entendimiento y la beneficencia de la «experiencia» rusa, también de la imperial o revolucionaria-reeducadora. Si en el siglo XVI los rusos, al conquistar Siberia no sin beneficio propio, miraban a la experiencia española en la conquista y evangelización de los territorios de América, en el siglo XIX eran los españoles los que, al perder los territorios de Ultramar y al solucionar no sin dificultad los problemas nacionales en la propia península Ibérica, estudiaban en profundidad la experiencia del Imperio Ruso, que con el paso del tiempo no solo no había perdido terreno sino que había adquirido nuevos dominios y había sido capaz de conseguir cierta unidad de gobierno, teniendo en cuenta todas las peculiaridades étnicas, culturales y religiosas de su amplio territorio. Así, la experiencia imperial de Rusia llama la atención de Ganivet. Defendiendo, a pesar de todos los conflictos interiores, la idea de la unidad de España, también se apoya en la fisiología y la psicología, teniendo en cuenta, claro está, la tendencia natural de un hombre enamorado a poseer a una mujer⁹⁵.

⁹² Ver García Sánchez, 1942; y Sanz Guitián, 1995, p. 272.

⁹³ Hoyos Cascón, 1933, pp. 222-223.

⁹⁴ Juderías y Loyot, 1904, p. 243.

⁹⁵ Ganivet, *Cartas finlandesas...*, pp. 19-20.

Al mismo tiempo los viajeros españoles no dejaban de fijarse en el situación ambivalente de Rusia entre Oriente y Occidente, el precipicio entre la inteligencia disuelta en la atmósfera europea y la nación sumergida en la tierra nacional, lo que constituía una ruptura entre los prooccidentales y los eslavófilos. De ahí vienen sus dudas respecto a que la civilización de la Europa occidental realmente pudiera hundir sus raíces en la Santa Rusia⁹⁶, su reflexión sobre que realmente hay que buscar aquí la causa de que Rusia no utilizase totalmente las innumerables cualidades y posibilidades que tiene⁹⁷.

Merecen una atención especial las reflexiones de los españoles sobre el destino «fronterizo» de Rusia, sobre todo cuando se veía en ellas la experiencia «fronteriza» de España. Su posición marginal y periférica respecto al resto de Europa, y a la vez en relación de vecindad con el «Oriente» —si no es con Asia (como pasa en Rusia), entonces es con África y América—, fue investigada por las fuentes más diversas⁹⁸. No sería una exageración decir que, en el caso de España y de Rusia, la imagen del «otro» no significaba tener el método para la propia comprensión.

Y, por último, ya que estamos tratando de viajes, viene bien la terminología geográfica. En las frecuentes citas de las reflexiones de José Ortega y Gasset sobre Rusia y España se habla de dos puntos extremos de «la gran diagonal europea»⁹⁹; utilizando palabras menos conocidas, salidas de la pluma de Luis Hoyos Cascón, cabe decir que se puede constituir la imagen de Rusia en España como cercana o lejana, pero es, sin duda alguna, un mundo muy atrayente, que está en la «otra dimensión espiritual»¹⁰⁰.

BIBLIOGRAFÍA

«A Nineteenth Century Spanish Novelist», *Thought Patterns* (New York), 6, 1959, pp. 167-195.

Abu Hamid el Granadino y su «Relación de viaje por tierras eurasiáticas», texto árabe, traducción e interpretación por César E. Dubler, Madrid, Imprenta y editorial Maestre, 1953.

⁹⁶ Ver Valera, *Cartas desde Rusia*, p. 357.

⁹⁷ Casanova, 1916, p. 245.

⁹⁸ Zea, 1988. Ver también mi artículo «La frontera como categoría de la cultura» (Bagnó, 1995).

⁹⁹ Ver Ortega y Gasset, *España invertebrada*, p. 146.

¹⁰⁰ Ver Hoyos Cascón, 1933, p. 223.

- ALEKSEEV, Mijail P., «De la historia de las relaciones literarias hispano-rusas de los siglos XVI-principios del XIX», en M. P. Alekseev, *La cultura rusa y el mundo romano*, Leningrado, 1985.
- ÁLVAREZ CRUZ, José María, *Elogio de la URSS*, Barcelona, Ámbito Literario, 1980.
- ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio, *En la lucha. Memorias*, México, Grijalbo, 1975.
- AZAÑA, Manuel, *Ensayos sobre Valera*, Madrid, Alianza Editorial, 1971.
- AZORÍN, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1947, t. 1.
- BAEZA, Ricardo, *Bajo el signo de Clío. Itinerarios (Inglaterra, Rusia, Extremo Oriente, Brasil, Mallorca)*, Madrid, Ediciones Ulises, 1931.
- BAGNÓ, Vsévolod E., *Emilia Pardo Bazán y la literatura rusa en España*, Leningrado, Nauka, 1982.
- BAGNÓ, Vsévolod E., «La frontera como categoría de la cultura», *RL* (Leningrado), 3, 1995, pp. 6-12.
- BALASHOV, Nikolai I., *El drama clásico español en la literatura comparada y en los aspectos de la textología*, Moscú, Nauka, 1975.
- BOGOLYUBOV, Aleksei N., *Augustin Augustinovich Betancourt*, Moscú, 1969.
- BUEN, Odón de, *De Kristiania a Tuggurt (Impresiones de viaje)*, Madrid, Imprenta de Fortanet, 1887.
- «Cartas sobre Rusia a España del duque de Liria, que era el primer embajador español en Rusia en los tiempos de Pedro II y en los primeros años del reinado de Anna Ivánovna», en *Osmnadsatij vek*, Moscú, 1869, vol. 3, pp. 27-132.
- CASANOVA, Sofía, *De la Guerra. Crónicas de Polonia y Rusia*, Madrid, Velasco, 1916.
- CASTILLO, Lucas de, *Compendio cronológico de la historia y del estado actual del Imperio ruso*, Madrid, en la imprenta de Aznar, 1796.
- CASTRO DELGADO, Enrique, *Mi fe se perdió en Moscú*, Barcelona, Luis de Caralt Editor, 1964.
- CHUECA GOITIA, Fernando, «Diario de un viaje a la Unión Soviética», *Revista de Occidente*, 96, 1971, pp. 311-312.
- Conquista de Nápoles y Sicilia y relación de Moscovia, por el Duque de Berwick*, Madrid, Imprenta de M. Tello, 1890.
- CUBERO SEBASTIÁN, Pedro, *Peregrinación del mundo*, Madrid, Atlas, 1943.
- DÍAZ-RETG, Enrique, *En Rusia la Revolución empieza ahora. Informaciones y estudios objetivos llevados a cabo en Rusia, en plena ejecución del Plan Quinquenal, hasta enero de 1932*, Madrid, Zeus, 1932.
- Disputatio fidei et intellectus*, Moguntiae, 1729.
- DODOLEV, Mijail A., «Van Halen en Rusia (1818-1820)», en *Historia de la URSS*, 1980, núm. 2.
- EIZAGUIRRE, Ramón P., *En el abismo rojo. Memorias de un español once años prisionero en la URSS*, Madrid, Artes Gráficas Rehyma, 1955.

- ERRANDO VILAR, Enrique, *Campaña de invierno. División Azul*, Madrid, Ed. José García Perona, 1943.
- ESTEBAN-INFANTES, Emilio, *La División Azul (Donde Asia empieza)*, Barcelona, Editorial AHR, 1956.
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, José, *Viajeros rusos por la España del siglo XIX*, Madrid, El Museo Universal, 1985.
- GALLEGO MORELL, Antonio, *Estudios y textos ganivetianos*, Madrid, CSIC, 1971.
- GANIVET, Ángel, *Cartas finlandesas y hombres del Norte*, Madrid, Espasa-Calpe, 1961.
- GARCÍA LORCA, Federico, *Sobre el arte*, Moscú, 1971.
- GARCÍA OLIVER, Juan, *El eco de los pasos. El anarcosindicalismo en la calle, en el Comité de Milicias, en el Gobierno, en el exilio*, Paris / Barcelona, El Ruedo Ibérico, 1978.
- GARCÍA SÁNCHEZ, Federico, *Las soluciones. Rusia, Roma, España*, Zaragoza, Cronos, 1942.
- GARCÍA-DIEGO, José A., *En busca de Betancourt y Lanz*, Madrid, Castalia, 1985.
- GÓMEZ CARRILLO, Enrique, *La Rusia actual*, Paris, Garnier, 1906.
- GÓMEZ TELLO, José Luis, *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*, Barcelona, Luis de Caralt Editor, 1945.
- GRACIÁN, Baltasar, *El oráculo de bolsillo. El Crítico*, Moscú, 1984.
- HOYOS CASCÓN, Luis, *El meridiano de Moscú o la Rusia que yo vi*, Madrid, Cenit, 1933.
- «Itinerario de don Rafael de Llanza y de Valls, Comandante del antiguo Regimiento de Infantería de Guadalajara, desde su salida de España hasta su feliz vuelta a ella, mandando el Primer Batallón del nuevo Regimiento de Infantería Imperial Alexandro, formado por su M. I. en la Corte de San Peters-Bourge», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1953-1956, pp. 235-282.
- JEVENOIS, Pedro, *Consecuencias tácticas de la guerra ruso-japonesa*, Madrid, Editorial Eduardo Arias, 1907.
- JUDERÍAS Y LOYOT, Julián, *Rusia contemporánea. Estudios acerca de su situación actual*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1904.
- KOROVIN, Konstantin A., *Konstantin Korovin recuerda...*, Moscú, 1971.
- KRZHEVSKIY, Boris A., «Francisco de Quevedo sobre la Rusia moscovita del siglo XVII», en Boris A. Krzhevskiy, *Artículos sobre la literatura extranjera*, Moscú / Leningrado, 1960, pp. 297-300.
- La huella de España en Rusia*, núm. 46 de *Revista Geográfica Española*, 1967.
- LAGUNA VILLANUEVA, Máximo, *Excursión forestal por los Imperios de Austria y Rusia, verificada de R. O. en el verano de 1864*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordomudos y de Ciegos, 1866.

- «Las notas del duque de Liria y del duque de Berwick en el tiempo de su estancia en el palacio del emperador de Rusia bajo el cargo de embajador del rey de España, 1727-1730, 1845», en *Osmnadtsatiy vek*, Moscú, 1869, vol. 2, pp. 5-198.
- LLÓPIS, Rodolfo, *Cómo se forja un pueblo (La Rusia que yo he visto)*, Madrid, Editorial España, 1933.
- LLULL, Ramon, *Doctrina pueril*, ed. de Gret Schib, Barcelona, Barcino, 1972.
- LLULL, Ramon, *Llibre de Evast e Blanquerna*, ed. de Salvador Galmés, Andreu Caimari i Rosalia Guilleumas, Barcelona, Barcino, 1935-1954, 4 vols.
- MARTÍNEZ ESPARZA, José, *Con la División Azul en Rusia*, Madrid, Editorial Ejército, 1943.
- Memoires de don Juan Van Halen, écrits sous les yeux de l'auteur par Charles Rogier*, Bruxelles, 1827.
- Memoria que eleva al Excmo. Sr. General Jefe del Estado Mayor del Ejército el Coronel D. Luis Fernández de Córdoba y Remón Zarco del Valle, Marqués de Mendigorria*.
- Memorias de doña Eulalia de Borbón, infanta de España (de 1864 a 1931)*, con una introducción de Alberto Lamar Schweyer, 4.^a ed., Buenos Aires, Juventud Argentina, 1944.
- MIRTANA, Rafael, «Recuerdos de Rusia. El teatro simbólico de Leónidas Andréiev», *La Lectura*, 2 de mayo de 1919.
- MONTERO, Eloy, *Lo que vi en Rusia*, Madrid, Luz y Vida, 1935.
- MOROTE, Luis, *La Duma (La revolución en Rusia)*, segunda parte de «Rebaño de almas», Valencia, F. Sempere y Compañía Editores, s. a.
- NEGRO CASTRO, Juan, *Espanoles en la U.R.S.S.*, Madrid, Escelicer, 1959.
- NELKEN, Margarita, *La mujer en la URSS y en la Constitución soviética*, Valencia, Publicaciones de los Amigos de la Unión Soviética, 1938.
- OROQUIETA ARBIOL, Gerardo, y GARCÍA SÁNCHEZ, César, *De Leningrado a Odesa*, Barcelona, Editorial AHR, 1958.
- ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, Madrid, Calpe, 1922.
- PARDO BAZÁN, Emilia, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1973.
- PAVÓN PEREYRA, Enrique, «España y Rusia: postulados de un paralelismo», *Revista Geográfica Española* (Madrid), 1967, núm. 6, *La huella de España en Rusia*.
- PETROV, Dmitrii K., *A. I. Guertsen y Donoso Cortés*, Petrograd, 1914.
- PLA, José, *Viatge a Rússia. Notícies de la U.R.S.S. (Una enquesta periodística)*, Barcelona, Diana, 1925.
- POQUET GUARDIOLA, Joaquín, *Memorias. 4045 días cautivo en Rusia, 1943-1954*, Valencia, Hermandad Provincial de Combatientes de la División Azul de Valencia, 1987.
- QUEVEDO, Francisco de, *Recopilación*, Leningrado, 1971.

- RATO RODRÍGUEZ SAN PEDRO, Ramón de, *Vagabundo bajo la luna. Rápida visión de Europa y sus problemas*, Madrid, EPC, 1935.
- Relaciones de don Juan de Persia*, prólogo y notas de D. Narciso Alonso Cortés, Madrid, Gráficas Ultra (Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles), 1946.
- ROS, Félix, *Un meridional en Rusia*, Barcelona, Luís Miracle, 1936.
- RUIDAVETS DE MONTES, Luis, *Estampas de la vieja Rusia (Recuerdos de un voluntario de la División Azul)*, Madrid, ed. del autor (Imprenta Héroes), 1960.
- RUIZ CASTILLO, José, *Memorias de un editor*, Madrid, Agrupación Nacional del Comercio del Libro, 1972.
- Rusia y España: Documentos y materiales, 1667-1917*, Moscú, 1991.
- SANZ GUTIÁN, Pablo, *Viajeros españoles en Rusia*, Madrid, Compañía Literaria, 1995.
- SEGADO, Pedro, *El camarada Belcebuf. Un pequeño burgués en la URSS*, Madrid, Signo, 1935.
- SKALKOVSKIY, A. A., *El Almirante De Rivas y las conquistas de Hadzhubei, 1764-1797*, Odesa, 1889.
- TAPIA BOLÍVAR, Daniel, *Ha llovido un delito*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935.
- VALERA, Juan, *Cartas desde Rusia*, San Petersburgo, CPB, 2001.
- VALLS Y TABERNER, Fernando, *Un viatger català a la Rússia de Stalin*, München / Marbella, Fundació Hanns Seidel / Asociación Meridional para el Fomento Interuniversitario de los Bienes Demoantropológicos, 1985.
- VASILEVA-SHVEDE, Olga K., «Autograf Khuana Valery v arkhive S. A. Sobolevskogo», en *Russko-Europeiskie Literaturnye sviazi*, Moscú / Leningrado, 1966, pp. 371-373 («Autógrafo de Juan Valera en el archivo de S. A. Sobolevskiy», en *Las relaciones literarias ruso-europeas*).
- VERDAGUER, Jacinto, *La imagen de Petersburgo en España*, San Petersburgo, CPB, 2003.
- VOGÜE, Eugène-Melchior de, *Le Roman Russe*, Paris, E. Plon, Nourrit et Cie, 1886.
- YAKOVLEV, V. A., *Bibliografía de De Rivas, Richelieu y Vorontsova*, Odesa, 1894.
- ZEA, Leopoldo, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Barcelona, Anthropolos, 1988.